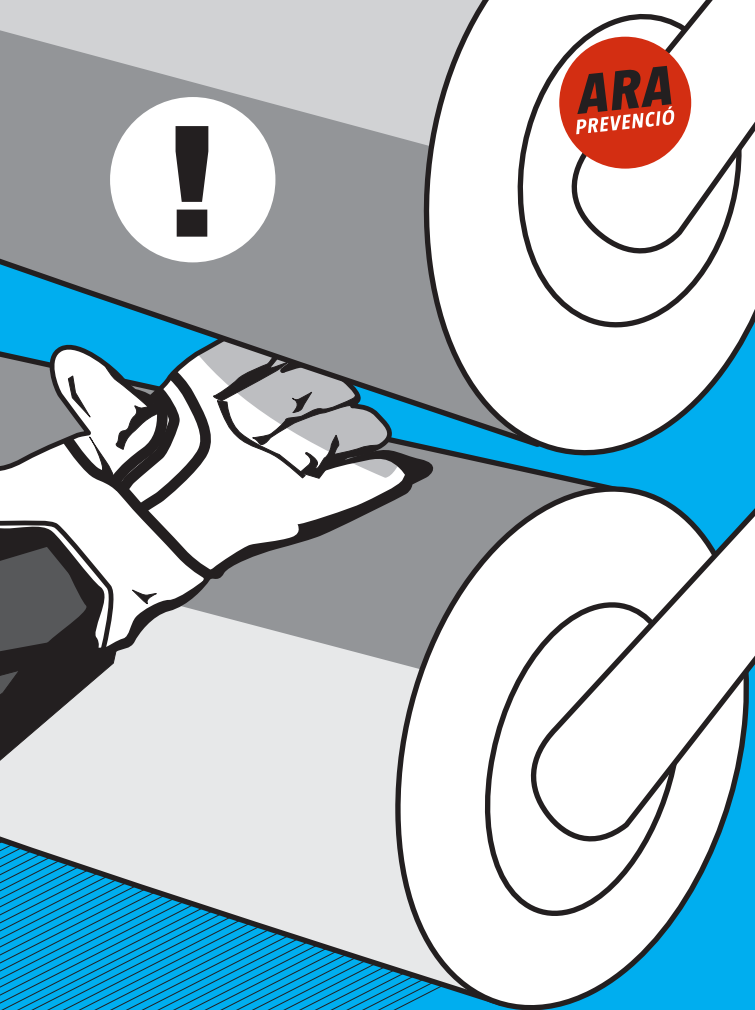




La vida
en un instante

3



www.ugt.cat

La vida en un instante...

Edición: Secretaria de Política Sindical - Salut Laboral
UGT Catalunya

Redacción, diseño y corrección: l'Apòstrof, sccl

Impresión: Artyplan

Depósito legal: B-XXXXXXX

“¡Qué contento estaba Guille! De pronto, las cosas empezaban a salirle bien”, piensa Conchi en el autobús, mientras va camino del hospital. Recuerda cómo su hijo, desde que había acabado de estudiar, estaba desesperado por encontrar trabajo. No tiene una gran cualificación y eso le dificulta enormemente encontrar uno; el paro no deja de aumentar un día tras otro y muchas empresas ni siquiera cogen los currículos.

Y no es que el chico le dé muchas explicaciones a Conchi, no (él es joven y, para Guille, ella es vieja), pero lo conoce bien —¡por algo es su madre!—, aunque no hablen mucho; él es muy reservado, por lo menos con ella. Pero aquel día estaba tan contento que expresó su alegría incluso en casa, a la hora de comer. Eso sí, después de llamar a todos sus amigos. “¡Ya tengo curro! ¡Me han llamado!”

Aunque a Conchi le disgusta, tiene que reconocer que Guille nunca ha sido un buen estudiante. A él le gustan las máquinas: los coches, las motos, los ordenadores... Se lo pasa bien montando y desmontando aparatos y comprobando su funcionamiento. Por eso, tanto ella como su marido, Diego, decidieron que lo mejor era que hiciese el módulo profesional de mecánica al terminar la ESO. Naturalmente, Guille estuvo de acuerdo. Estaba impaciente por dejar el colegio y empezar a trabajar. Le fue muy bien y, como premio, tuvo la moto. ¡La moto!

¡Y qué miedo le tiene Conchi a la moto! Es sufridora por naturaleza y no le hace ni pizca de gracia que Guille monte en aquel monstruo ruidoso que tanto le gusta. En cuanto tarda un poco más de la cuenta, su pensamiento viaja por hospitales, am-

bulancias y todas las demás desgracias que se van cada día por la tele. Si fuera por ella, nunca le habrían regalado ese aparato infernal (es así como ella lo llama), pero también es consciente de que Guille es feliz con la moto y que, después del trabajo, es su gran tema de conversación. Motores, gasolina, árbol de levas, magneto, bujía y otras piezas que no conoce provocan grandes debates entre su marido y su hijo.

Hoy hay un gran embotellamiento en la Ronda y el autobús donde viaja Conchi está tardando más de la cuenta. Tiene tiempo de analizar cómo han ido las cosas en casa de un año para acá. Recuerda perfectamente cómo las alegrías empezaron a bajar un poco de tono cuando Guille empezó a buscar trabajo. Es muy joven y tiene poca experiencia. Así que, después de intentarlo por otros caminos, decidió que no tenía otra salida que probar con las ETT. El reparto de currículos y las negativas se sucedían un día tras otro, en una retahíla monótona de frustraciones y falsas esperanzas. Ya no pretendía trabajar de mecánico de motos y coches, no... Ahora tenía suficiente con cualquier cosa que aportara dinero a la casa y trabajo más o menos regular.

Hasta que llamaron de una ETT. Guille se puso nervioso. Era la primera vez que hacía una entrevista de trabajo. No sabía cómo vestirse, cómo peinarse, qué tenía que decir... Le sudaban las manos. Conchi lo tranquilizó como pudo. “Sé tú mismo –le decía–. No tienes que tener miedo de nada. Acuérdate de pedir las condiciones del contrato: no te olvides de preguntar el sueldo, el horario y la duración. ¡No te preocupes y ten cuidado con la moto!”



Cuando llegó a la oficina, se encontró con que había tres personas más esperando para lo mismo. Eran tres chicos, jóvenes como él, sentados en las sillas de la entrada. Después de preguntar en el mostrador y de rellenar una ficha, se sentó a esperar. Empezaron a charlar y uno de los chicos, el que se sentaba a su derecha, le explicó que las entrevistas no duraban demasiado ni eran muy complicadas. ¡Él había hecho muchas! También supo que el trabajo era para una cadena de montaje en una empresa que fabricaba piezas para coches, concretamente los plásticos necesarios para los retrovisores. Guille pensó que eso se lo

tendrían que haber dicho por teléfono. ¿Y si no le hubiera interesado? “Aunque no está mal. Si pagan bien, ya tengo para empezar”. Ya se veía con su mono azul marino montando espejos y más espejos.

Finalmente, al cabo de media hora, le recibió una chica en un despacho pequeño, con poca luz y una mesa vieja. Le pidió que se sentara y, después de confirmar los datos que tenía en el formulario, empezó a interrogarlo sobre su manera de ser, de trabajar, sobre las cosas que cambiaría de sí mismo... Guille no se esperaba preguntas tan personales, pensaba que hablarían de los estudios o, como mucho, de las aficiones que tenía. Llevaba preparado hablar de su moto, de cómo la cuidaba, cómo la arreglaba. No obstante, salió bastante satisfecho y volvió a casa soñando con cajas y cajas de espejos amontonadas a su lado.

Y pasaron los días. No le llamaron para ese trabajo. Telefoneó a la empresa y le dieron largas. Las ilusiones de un sueldo, de una independencia económica, de una profesión se fueron diluyendo poco a poco. Hasta que, al cabo de dos meses, la misma ETT lo volvió a convocar. Guille pensó que quizá así se ahorraría el volver a pasar por la entrevista, por lo menos por las mismas preguntas que ya le habían hecho y que suponía que alguien debía de haber apuntado en alguna parte. Claro que quizá hubiera dicho algo que no debía y por eso no le habían avisado. Mientras esperaba, dudaba de qué era lo mejor para él. Casi tres cuartos de hora lo tuvieron esperando, pensando, en la silla de la entrada. Por fin, la misma chica de la otra vez salió a buscarlo y lo condujo al mismo despacho.

—Esta vez no habrá preguntas —le dijo—. El lunes empiezas a trabajar, Guille. Irás al polígono de Can Mombàs, a una empresa del ramo de la metalurgia. Se llama InoxTree y entrarás como peón. ¿Te parece bien?

Por un momento, dudó. ¡Eso no se lo esperaba! Se acordó de su madre y pidió detalles sobre el contrato, el sueldo y el horario. También preguntó en qué consistía exactamente el trabajo que tenía que hacer.

—Seguramente tendrás que llevar alguna máquina de pulir o de cortar. Allí te lo explicarán bien. Te esperan el lunes a las 7 de la mañana. Acuérdate de leerte estas normas de seguridad antes de ir.

Le pasó una fotocopias, con una lista de instrucciones sobre el uso de la maquinaria y la prevención.

—Ahora fírmame este documento y llévate las botas de seguridad —le explicó la chica, en una retahíla monótona—. Y si no tienes ninguna duda, nada más.

Guille firmó que había recibido instrucciones de prevención. Se extrañó de que pusiera que había asistido a un curso sobre el tema, pero tenía ganas de irse. Cogió las botas y se despidió.

Salió de allí pensativo, hasta que... “¡Fiesta! ¡Ya está! ¡Ya tengo curro!” Fue entonces cuando llamó a sus amigos para ir a tomar algo, cuando llamó a su madre para comunicarle la noticia... Estaba contento.

Parece que el autobús, por fin, puede incorporarse a la autopista. Conchi continúa sumergida en sus pensamientos, que recuerdan con claridad cómo, aquel mismo domingo, Guille cogió la moto y se fue a dar una vuelta a Can Mombàs. Quería asegurarse de que al día siguiente no tendría problemas para encontrar el sitio. Junto con Raúl, su mejor amigo, se dirigió a la carretera que llevaba hacia el polígono industrial. No es difícil ver InoxTree: un rótulo bien grande abre el camino hacia tres grandes naves industriales en forma de U alrededor de un patio.

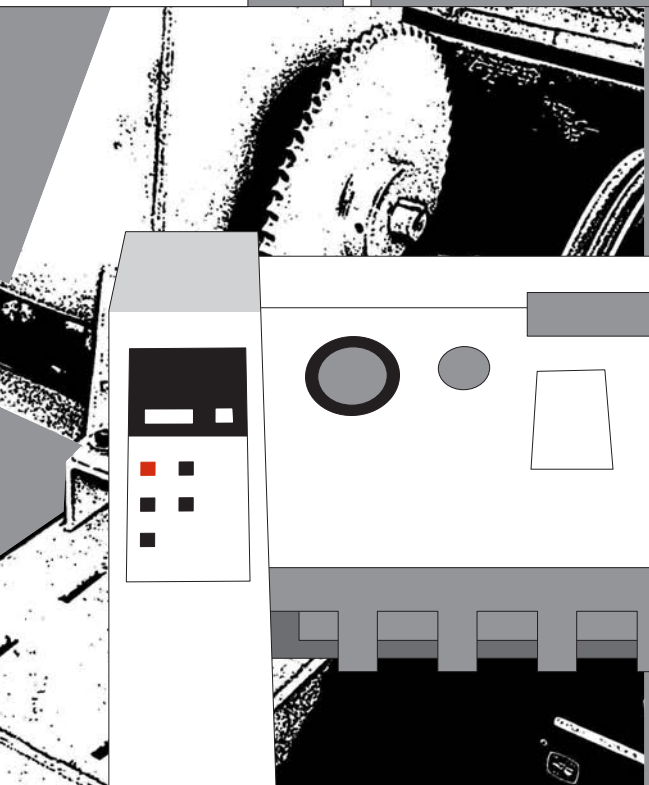
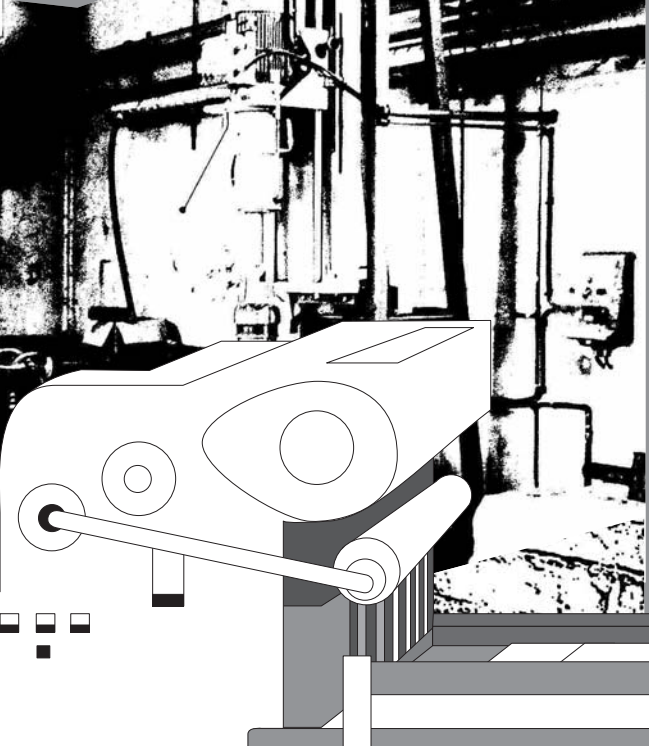
—No se puede negar que aquí se trabaja, ¿verdad?
—comentó Guille.

Al ver la cantidad de chatarra que se acumulaba en el patio, tuvo la visión de una empresa de los años setenta, donde no habían llegado los ordenadores ni las nuevas tecnologías.

—¡Así es el metal, chaval! —respondió Raúl—. Ya verás: un montón de tíos y un montón de trabajo. ¡Tendrás que currar a tope!

—No me importa —concluyó. Empezaba a tener dudas de su capacidad para levantar peso y para amoldarse a la manera de trabajar de la gente con mucha experiencia.

Y llegó el lunes. Guille llegó al polígono cuando faltaban diez minutos para las siete. ¡Y fue el primero! Estaba impaciente por conocer a sus compañeros, la máquina que tendría que controlar y todos los detalles del trabajo. Quería aprender rápido y ser eficiente, porque esperaba que el contrato temporal que tenía que firmar con la ETT pasara a ser definitivo con la empresa. Hacía mal



día, el cielo estaba encapotado, lloviznaba y corría un vientecillo helado, y eso provocó que los diez minutos de espera se le hicieran larguísimos.

Pero todo llega. Se presentó al encargado, Javier, que lo llevó a una de las naves, donde estaban las taquillas. Era una sala muy grande, llena de armarios metálicos y repleta de gente. Javier le enseñó su sitio y también le presentó a la persona que sería “su” oficial, es decir, el responsable de la máquina donde trabajaría, quien le tenía que enseñar su funcionamiento y ayudarlo en todo lo que pudiera: Paco. Él sería su compañero de trabajo y su jefe más directo.

—Mira, chaval —le dijo Paco—. Si haces lo que yo te diga, todo irá bien. La máquina no es complicada y el trabajo no es de los más duros que se pueden hacer en esta empresa. Ya verás que todo va de puta madre. Te presentaré a la *María*, que es el nombre que le hemos puesto a la aplanadora de chapa. Venga, ¡vamos!

Cuando Guille iba a pasar, Paco le dijo a Javier: —¿Siempre me tienen que tocar a mí los más jóvenes? Parece que lo haces aposta, ¡joder! —No te quejes tanto, Paco —le respondió el encargado— y enróllate bien con el chaval. Tiene pinta de ser buen tío. A la hora de comer hablamos, si quieres. Pero ahora tira para allá.

Y se fueron hacia la nave donde estaba la maquinaria de aplanar y de cortar. Paco le explicó que la otra nave era la de los tubos y en la que acababan de dejar estaban también el comedor y las duchas, aparte de las oficinas. Guille vio las carretillas elevadoras que empezaban a llevar material a la

nave donde estaba la *María*. Eran grandes rollos de chapa. “Parece acero inoxidable”, pensó. El oficial, como si le hubiera leído el pensamiento, le explicó que trabajaban tanto el acero, sobre todo, como el latón, el hierro o el aluminio.

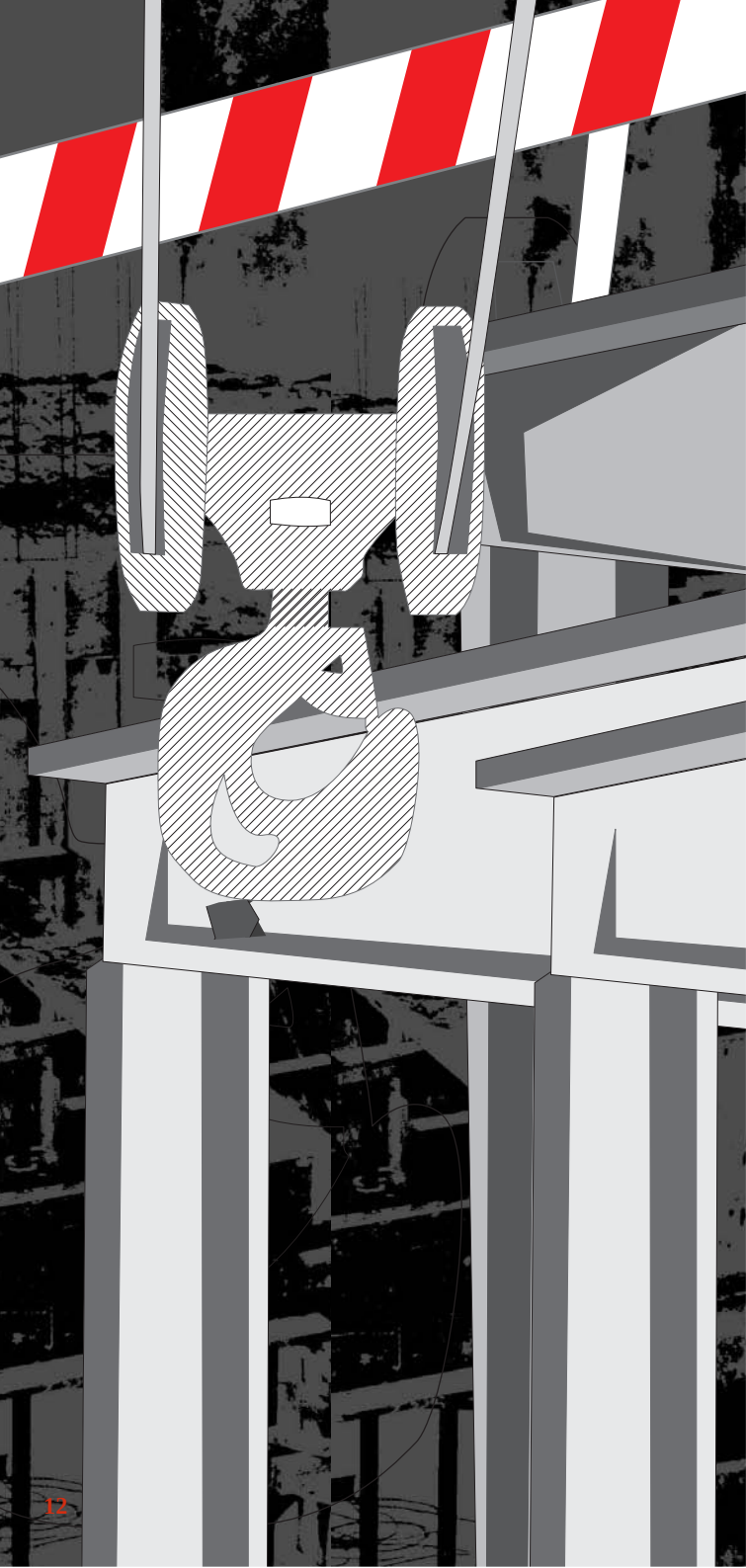
La primera impresión que tuvo de la nave fue de inmensidad.

—Es supergansa, Raúl —le explicaría a su amigo por la noche.

Y la segunda, y más impactante, de apretura. Estaba llena, repleta, de maquinaria, gente y material. Contó que había al menos 5 puentes grúa, de los que cargan bastantes toneladas. Los pasillos entre máquina y máquina estaban llenos de viruta, palés y trozos y flejes de chapa. Y los toros llenos, arriba y abajo, daban la impresión de mucha actividad, aunque pasaban justitos por los pasillos. En aquel momento tuvo que apartarse para dejar pasar uno. Si se hiciera caso de las recomendaciones de seguridad laboral, seguro que no estaría en estas condiciones. Se necesita espacio para trabajar y espacio para correr en caso de accidente. El orden y la limpieza son los pilares básicos de la seguridad.

Paco le llevó hasta la *María*, la aplanadora de chapa. Era una máquina de cuatro cuerpos: el primero deshace la bobina de metal; el segundo la aplanar con un juego de rodillos de hierro, el tercero es una cizalla que corta la plancha y el último expulsa las chapas a los palés.

—Tú te encargarás de aplanar con los rodillos de laminación —le dijo.



Había diez rodillos, cinco por abajo y cinco por arriba.

—El trabajo consiste en pasar la chapa por los rodillos, acompañarla, para que quede totalmente lisa, es decir, que pierda las ondulaciones que trae de la bobina. ¿Lo has entendido, chaval?

—Sí. Cuando dices que la tengo que acompañar, ¿quieres decir que tengo que hacer fuerza?

—Sí que tienes que hacer, sí. Fíjate.

Y el oficial cogió un fleje que tenía en el lateral y lo empezó a pasar por entre el juego de rodillos. Por el otro lado, la chapa salió recta, muy recta, y siguió hacia la cizalla. Le pasó unos guantes a Guille.

—Ahora prueba tú, venga.

Guille no lo encontró demasiado complicado. Los rodillos cogían el metal con suavidad y rapidez. Comprobó cómo la chapa perdía todas las ondulaciones y se aplanaba bajo la presión de la máquina.

Y ese fue todo el aprendizaje de Guille, porque en este punto se dio por sentado que ya podía ir tirando solo, aunque durante el resto del día fue recibiendo explicaciones de cómo se tenían que poner los flejes y qué era lo que se esperaba de él. Había mucho trabajo y, sobre todo, su misión consistía en mantener el ritmo constante de salida de chapa. Esa misma chapa es la que después sirve para hacer cubiertos, fregaderos, armarios de cocina, mostradores, derivados de automoción...

Aquella noche, Conchi escuchó atentamente las explicaciones de su hijo.

—Mira, mama, las planchas de metal vienen en bobinas y las hay de 0,5 mm, 1 mm, 1,5 mm... depende, hay de diferentes grosores. El objetivo es que queden bien lisas, cortadas a la medida necesaria. Es así de fácil.

La madre veía que Guillermo estaba ilusionado. Le gustaba el ambiente del trabajo: cuarenta hombres haciendo funcionar máquinas todo el día. Se sentía bien, aunque no terminaba de comprender el funcionamiento de la empresa.

—Hay otra que tiene unas cuchillas que cortan rotativamente, deshace la bobina y la hace más pequeña —explicaba el chico mientras cenaban. —¿Y no son peligrosas esas máquinas, hijo? —inquirió Conchi, un poco preocupada.

—No lo parecen. Me han dado unos guantes para que no tenga que poner las manos, aunque he visto que la gente no los usa. El oficial con el que me han puesto es el responsable de eso, supongo. Y el encargado está dando vueltas por allí todo el día. Me imagino que está todo controlado.

“¡Qué inocentes fuimos!”, piensa ahora la mujer. “Tendríamos que haber insistido más”. En ese momento, ya sube la carretera que lleva al hospital. Desde el autobús, se puede ver cómo la retama se ha adueñado de las faldas del monte. Pero ella está reclusa en su repaso de los hechos, en cómo transcurrieron los acontecimientos en aquellos días.

Al día siguiente, no obstante, para Guille ya no todo era tan nuevo y las cosas se fueron complicando. Al chico se le esfumó un poco la alegría, aunque seguía con la determinación de hacer bien

las cosas, de ser un trabajador ejemplar y de familiarizarse del todo con sus compañeros, con las máquinas y con la empresa en general. Ahora bien, perdió parte del buen humor. Estuvo todo el día trabajando en la máquina, que funcionaba sin parar, pero se sintió un poco solo. No levantaba la cabeza de la *María*, y Paco... bueno, no se puede decir que le hiciera mucha compañía. La misión del oficial responsable de la máquina es que el trabajo salga bien. Es decir, que las piezas queden bien amontonadas, clasificadas por pesos (cada máquina tiene su báscula) y cada medida en su palé. Y, evidentemente, apoyar al peón, sobre todo si es nuevo. Tiene que procurar no dejarlo solo, más aún si no tiene mucha experiencia. Pero Guille no notó mucha buena voluntad en su oficial. Lo vio, un buen rato, discutiendo con el encargado. “Seguro que hablan de mí, seguro que hago algo mal”. Y continuó pasando fleje, dándole vueltas a la cabeza: no sabía qué podía fallar.

Después de comer, la máquina empezó a darle problemas. No sabía por qué, pero la chapa no salía como debía. Era como si se le torciera. Levantó la vista buscando a Paco, pero no lo vio. Se sintió perdido. “¿A quién narices se lo tengo que decir?”, pensaba. Tenía claro que debía darse prisa, porque aquello no iba bien. Miró a su alrededor y todo el mundo estaba trabajando de lo lindo, cada uno en su lugar. Entonces vio pasar al encargado y lo llamó.

—¿Dónde está Paco? —fue lo primero que dijo Javier.

—Pues no lo sé —respondió Guille, un poco avergonzado.

El encargado se fue y volvió con el oficial al momento. Paco traía cara de enfadado. Tocó unos tornillos de la *María* y le dijo:

—Ya puedes continuar, tú... Estarás contento, ¿verdad? Ahora ya me has hecho quedar en mal lugar. La próxima vez, ven tú a buscarme. ¡Y espabila! Que estos palés tienen que salir hoy. Chaval, que eres más lento que el caballo del malo.

Guille continuó trabajando, esta vez con Paco a su lado. No se dijeron nada más en toda la tarde. Por la noche, cuando se tomaba una cerveza con Raúl, se quejaba:

—El curro no está mal, ni el sueldo, pero el pavo ese me tiene frito. ¡Y solo es el segundo día! Pero parece que no le caigo bien. ¡Y mira que me enrollo!

—¿Qué se supone que tiene que hacer?

—Pues no se tendría que mover de cerca de la *María*. ¡Todavía estoy aprendiendo! Veo a los otros oficiales en las otras máquinas, ¡y no hay ninguno que se vaya! Uno o dos peones por máquina y el oficial al lado, vigilando el trabajo, pesando, midiendo... En cambio, este parece que siempre tiene cosas mejores que hacer que estar allí. Y yo no acabo de entenderlo todo todavía. Hay muchas cosas que no sé para qué sirven.

—Pide que te cambien de máquina.

—Sí, claro. Pero solo llevo dos días currando. Aún ni he firmado el contrato. Y con lo que me ha costado encontrar este trabajo, solo falta que empiece a poner pegas. Me esperaré a pasar el periodo de prueba, como mínimo.

—Pues ya sabes, colega. ¡Ajo y agua! —le dijo Raúl dándole un golpe afectuoso en el hombro.

Y así llegamos al tercer día de trabajo de Guille en la InoxTree. Paco parecía estar un poco más charlatán que el día anterior. Le explicó algún que otro detalle de la máquina que todavía no conocía. Todo fue mejor y el chico se fue animando a medida que pasaban las horas. Ya era casi la hora de irse cuando el oficial le explicó:

—Mira, chaval, la máquina está sucia. Para limpiarla, tenemos que pasar este papel por los rodillos, para que absorba el aceite y la suciedad que se ha quedado ahí. Hazlo tú.

Guille cogió el papel e hizo lo que Paco le decía.

—Otra vez. No ha quedado bien, vuélvelo a hacer —empezaba a poner voz de impaciencia.

Y así fue. Guille, con un trozo nuevo de papel y un poco nervioso, repitió la operación.

—¡Me cago en la leche! ¿Es que no sabes hacer las cosas bien? Siempre me tocan los más torpes, ¡coño! —arremetió, enfurecido—. ¡Otra vez! ¡Y esta vez hazlo bien, bobo!

Y fue en un segundo... no, menos de un segundo, un instante. Un instante que le mutiló la vida. ¡Se enganchó! ¡Los rodillos le quitaron el guante y la mano! ¡Se la tragaron!

Chilló como si se le fuera la vida. ¡Qué daño, por favor, qué daño!

Paco también gritaba. Todo el mundo se acercó, ¡pero no había sitio! Demasiados palés, demasiados toros, demasiada viruta... demasiado de todo. Durante unos segundos, importantísimos, el ajetreo



fue descomunal. Alguien paró, por fin, la máquina, la *María*.

Guille perdió el conocimiento cuando desmontaban la máquina para poder sacarlo de allí. No tenía mano derecha. Toda ella era un puño de sangre. Estaba machacada. Solo había conservado una falange del pulgar. Vinieron la ambulancia y los bomberos.

Por fin llega Conchi al hospital. No se ha dado cuenta de que lleva un rato llorando. Los otros pasajeros la miran y uno, incluso, le pregunta si la puede ayudar. Le da las gracias y baja del autobús. Guille lleva una semana en una habitación del tercer piso. Cuando llega, encuentra a Javier, que ha ido a ver al chico. Hablan de la empresa, del accidente y de las consecuencias que ha tenido. Todos están muy asustados, empezando por el dueño y también Paco, claro.

No es el primer accidente que ha habido en la InoxTree. De hecho, los hay a menudo. Se mezclan costumbres, maneras erróneas de trabajar e intereses económicos. Si falta espacio, si se tiene que trabajar más rápido, es porque los empresarios no invierten en una nave más grande y en la contratación de más personal. Y la gente no se pone guantes porque no está acostumbrada y le cuesta usarlos. Todo eso es difícil de cambiar con una charla anual en el patio y unas hojas aburridas que quedan, asqueadas, en la taquilla.

El encargado mira a Guille avergonzado:

—¿Sabes que le han puesto las protecciones a la *María*?

—¿Qué protecciones?

—La aplanadora tiene que llevar unas protecciones

para que no puedan pasar las manos. Esta no tenía, no había tenido nunca, aunque son obligatorias. Ahora se las han puesto.

Conchi sale. Se va a llorar a otra parte. ¡La desgracia de su hijo le duele tanto! No entiende cómo puede haber tantas carencias juntas y no acepta que todas hayan coincidido para hacer añicos el futuro de Guille. Una ETT que no informa, una empresa que no invierte en prevención hasta que es demasiado tarde, como tantas otras, unos jefes que no forman porque no tienen tiempo, o ganas..., todo ha contribuido a hundir una familia.

Cuando vuelve a la habitación encuentra a Guille mirándose el sitio donde tenía la mano y pensando en la moto, su moto, la que nunca más volverá a llevar.



Financiado por:

Secretaria de Política Sindical - Salut Laboral
Rambla de Santa Mònica 10, 08002 Barcelona
Tel. 93 304 68 32
otprl@catalunya.ugt.org
www.ugt.cat



FUNDACIÓN
PARA LA
PREVENCIÓN
DE RIESGOS
LABORALES